

Los tigres de Mompracem

Emilio Salgari



TUS LIBROS
SELECCIÓN

ANAYA

Título original:
Le Tigri di Mompracem, 1900

© De la traducción: Emilio Pascual, 1988, 2011
© De la presentación y apéndice: Seve Calleja, 2011
© De la ilustración: Enrique Flores, 2011
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño y cubierta: Gerardo Domínguez
Retrato de autor: Enrique Flores

Primera edición, septiembre, 2011

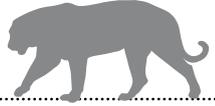
ISBN: 978-84-667-9519-7
Depósito legal: M-32441/2011
Impreso en Huertas industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la
Real Academia Española en la nueva Ortografía de la lengua española,
publicada en el año 2010

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones
por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren
públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica,
o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo
de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Los tigres de Mompracem

Emilio Salgari



Traducción:
Emilio Pascual

Presentación y apéndice:
Seve Calleja

Ilustración:
Enrique Flores

ANAYA



PRESENTACIÓN

EMILIO SALGARI

Emilio Salgari nació en Verona en 1862, y, aunque inició sus estudios en el instituto naval de Venecia, ni los terminó ni llegó a realizar sus sueños de hombre de mar más allá de sus fantasías literarias. A los veinte años empezó a publicar novelas por entregas en los periódicos y poco después se dedicó plenamente a la escritura. Y así vivió, forzado a escribir sin cesar para hacer frente a una angustiosa situación familiar. Por eso, ahogado por las deudas, se suicidó en 1911, a los 51 años, habiendo hecho muy ricos a sus editores y dejando a sus cuatro hijos en la mayor miseria.

Salgari, fascinado por el viaje a lugares ignotos, la aventura y la acción, escribió más de ochenta novelas y un largo centenar de relatos cortos, la mayor parte de ellos de aventuras ambientadas en lugares exóticos. En ellas imaginó a sus héroes así y los puso a navegar en todos los mares: sus corsarios de colores, el Negro, el Rojo y el Verde, surcando las aguas del Caribe o el malayo Sandokán por los mares de China, en novelas que forman entre sí series temáticas.

El modo intenso de narrar y la abundancia de obras escritas lo han encasillado en una literatura menor, pero con la que se adelantaba al ritmo que traerían consigo el cine, la novela policíaca o el cómic modernos. Sus detalladas descripciones, como sacadas de manuales y revistas de viajes, los saltos en el tiempo y un ritmo apresurado, sobre todo en los abundantes diálogos, son fruto de la manera de escribir que se impuso, del gusto por lo exótico y de su ganas de vivir las aventuras que imaginaba.

Por eso sus obras fueron bien acogidas por el público italiano, especialmente en Verona, donde publicó por entregas El tigre de la Malasia. Desde el 16 de octubre de 1883 hasta el 13 de marzo de 1884 sumaron 150



entregas, que constituirían su obra más conocida, la publicada como libro en 1900 con el título de *Los tigres de Mompracem*. La novela pertenece al ciclo de «*Los Piratas de Malasia*». Sus aventuras abarcan once libros que forman este ciclo temático, con títulos como *Los misterios de la jungla* (1895), *Los piratas de Malasia* (1896) *El Rey del Mar* (1906), *La caída de un imperio* (1911) o *La venganza de Yáñez* (1913).

En *Los tigres de Mompracem* relata la rebelión de un príncipe malayo, Sandokán, que ha jurado vengarse de los británicos, en la persona del cacique James Brooke, y que, con el sobrenombre de *Tigre de Malasia* y desde la isla-refugio de Mompracem declara su guerra contra el imperio inglés. Sus andanzas discurren en el sudeste asiático de mediados del siglo XIX, sobre todo en Borneo, Malasia y la India.

El *Capitán Nemo* de Julio Verne, el *Capitán Blond de Sabatini* o este príncipe malayo, Sandokán, de Salgari, pertenecen a esa saga de personajes de noble cuna que un mal día, forzados por sus enemigos, se vuelven proscritos y se rebelan contra el sistema que los margina. Como Robin Hood en tierra firme, pueden ser tan crueles y sanguinarios en el combate como dulces y tiernos en el amor. Su compasión por los débiles, la fidelidad que tanto exigen como dan a los suyos y la defensa a ultranza de la libertad los convierten en admirados héroes. Gracias a la serie televisiva de los años setenta, basada en sus audacias, Sandokán sigue siendo el más popular de los héroes creados por Salgari.

Desde sus apuros y sus desgracias, Salgari imaginó para sí mismo una vida fascinante que nunca logró alcanzar. Dicen que con un atlas delante y con una serie de manuales y guías de viaje, llevaba a sus criaturas unas veces por las selvas de la India, o por las costas del Mar de las Antillas, o por las praderas americanas, ofreciéndonos aún hoy la posibilidad de disfrutar en voz baja de sus sueños de mar y de amor, de angustia y de aventuras.

Capítulo I

Sandokán y Yáñez

La noche del 20 de diciembre de 1849, un violentísimo huracán se desataba sobre Mompracem, isla salvaje de siniestra fama, refugio de terribles piratas, situada en el mar de Malasia, a pocos centenares de millas de las costas occidentales de Borneo¹.

Impulsados por un viento irresistible y entremezclándose confusamente, negros nubarrones corrían por el cielo como caballos desbocados, y de cuando en cuando dejaban caer sobre la impenetrable selva de la isla furiosos aguaceros; en el mar, levantadas también por el viento, olas enormes chocaban desordenadamente y se estrellaban con furia, confundiendo sus rugidos con las explosiones breves y secas unas veces, interminables otras, de los rayos.

Ni en las cabañas alineadas al fondo de la bahía de la isla, ni en las fortificaciones que la defendían, ni en los numerosos barcos anclados al amparo de los arrecifes, ni bajo los bosques, ni en la alborotada superficie del mar se divisaba luz alguna; sin embargo, si alguien que viniera de oriente hubiera mirado hacia arriba, habría podido ver brillar en la cima de un altísimo acantilado cor-

Bahía: Entrada de mar en la tierra que forma una concavidad amplia donde pueden fondear los barcos; es menor que un golfo y mayor que una ensenada.

Anclar: Sujetar una embarcación al fondo del agua mediante anclas.

Arrecife: Masa de rocas u organismos calcáreos sedentarios (corales, algas, etc.); queda sumergida en pleamar y sobresale ligeramente en bajamar.

Acantilado: Inclinación casi vertical en un terreno rocoso producida por fenómenos geológicos, como la erosión, etc., en especial, la que se forma en la costa.

¹ Con el nombre de Malasia se han designado distintos territorios del sudeste asiático. La actual Federación de Malasia comprende un territorio dividido en dos regiones por el mar de la China Meridional. La *Malasia Peninsular* se encuentra en la península Malaya y limita al norte con Tailandia y al sur con Singapur. La *Malasia Oriental*, por su parte, está situada en la zona septentrional de *Borneo* (la tercera isla más grande del mundo, actualmente dividida entre Malasia, Brunei e Indonesia) y limita al sur con Indonesia y al norte con Brunei. Próxima al ecuador, tiene clima tropical.



tado a pico sobre el mar dos puntos luminosos: dos ventanas vivamente iluminadas.

Velar: Permanecer despierto.

Pero ¿quién podía velar, a aquella hora y con semejante tempestad, en la isla de los sanguinarios piratas?

Gavión:
Cesta de mimbre rellena de tierra o piedra, que sirve como defensa en fortificaciones.

En medio de un laberinto de trincheras destrazadas, de terraplenes caídos, de empalizadas arrancadas, de gaviones rotos, al lado de los cuales podían divisarse todavía armas inutilizables y huesos humanos, se levantaba una amplia y sólida cabaña adornada en su cúspide con una gran bandera roja, que ostentaba en el centro la cabeza de un tigre.

Terciopelo: Tela de tacto vellosa y suave.

Una de las habitaciones de la vivienda está iluminada; las paredes están cubiertas de pesados tejidos rojos y de terciopelos y brocados de gran calidad, pero ya manoseados, rotos y sucios; y el suelo queda oculto bajo una gruesa capa de alfombras persas, reluctance de oro, pero también rotas y manchadas.

Brocado: Tela de seda entretejida con hilos de oro o plata.

Ébano: Madera de del árbol tropical homónimo, de color negro, lisa y dura.

En el centro hay una mesa de ébano, con incrustaciones de madreperla y adornada con flecos de plata, repleta de botellas y vasos del más puro cristal; en las esquinas se alzan grandes anaqueles, en parte caídos, llenos de jarrones rebosantes de brazaletes de oro, pendientes, anillos, medallones, preciosos ornamentos sagrados, retorcidos o planos, perlas procedentes sin duda de las famosas pesquerías de Ceilán², esmeraldas, rubíes y diamantes, que centellean como otros tantos soles bajo los reflejos de una lámpara dorada suspendida del techo.

Madreperla:
Molusco marino, que se pesca por las perlas de su interior y para aprovechar el nácar de la valva.

Anaquele: Estante.

Centellear: Brillar.

Diván: Asiento alargado y mullido, generalmente sin brazos ni respaldo, en el que uno puede tenderse:

En un rincón, hay un diván turco con flecos arrancados en varias zonas; en otro, un *armonium* de ébano con las teclas destrozadas, y, espaciados alrededor, en una confusión indescriptible, hay alfombras enrolladas, espléndidos vestidos, cuadros, quizá debidos a célebres pinceles, lámparas derribadas, botellas de pie o volcadas, vasos enteros o rotos y además cara-

Armonium:
Armonio.
Instrumento de viento parecido al órgano, pero más pequeño y sin tubos.

² Ceilán, isla del océano Índico, situada frente a la India, constituye en la actualidad la república de Sri Lanka.



binas indias con arabescos, trabucos españoles, sables, cimitarras, hachas, puñales y pistolas.

En esa habitación tan extrañamente decorada, un hombre está sentado en un butacón cojo: es alto, esbelto, de fuerte musculatura, con rasgos enérgicos varoniles, fieros, y de una extraña belleza.

Largos cabellos le caen hasta los hombros: una barba negrísima le enmarca un rostro ligeramente bronceado.

Tiene la frente amplia, sombreada por dos espesas cejas de arcos atrevidos; una boca pequeña que muestra unos dientes afilados como los de las fieras y relucientes como perlas; dos ojos negrísimos, que despiden un fulgor que fascina, que abrasa, que hace bajar la vista a cualquiera.

Llevaba sentado unos cuantos minutos, con los ojos fijos en la lámpara y las manos cerradas nerviosamente alrededor de la preciosa cimitarra que le colgaba de una larga faja de seda roja, sujeta alrededor de una casaca de terciopelo azul con flecos de oro.

Un estruendo formidable, que sacudió la gran baña hasta sus cimientos, lo arrancó bruscamente de aquella inmovilidad. Se echó hacia atrás los largos y ensortijados cabellos, se aseguró en la cabeza el turbante adornado con un espléndido diamante, grueso como una nuez, y se levantó de repente, echando en torno suyo una mirada en la que se podía leer un no sé qué de tétrico y amenazador.

—Es medianoche —murmuró—. ¡Medianoche, y todavía no ha vuelto!

Vació lentamente un vaso lleno de un líquido color ámbar, después abrió la puerta, se adentró con paso firme entre las trincheras que defendían la cabaña, y se paró al borde del gran acantilado, a cuyos pies rugía furiosamente el mar.

Se detuvo allí unos minutos con los brazos cruzados, inmóvil como la roca que lo sostenía, aspirando

Carabina: Arma de fuego parecida al fusil pero de menor longitud.

Arabesco: Adorno compuesto por figuras geométricas y motivos florales entrelazados.

Trabuco: Arma de fuego más corta y ancha que la escopeta, con el cañón ensanchado por la boca.

Sable: Arma blanca parecida a la espada, pero de hoja curvada y afilada solo por un lado.

Cimitarra: Sable de hoja curva, que se ensancha hacia la punta y con un solo filo.

Casaca: Abrigo ajustado al cuerpo, largo y con faldones, adornado con bordados.

Tétrico: Que es oscuro y triste.

Ámbar: Color entre amarillo y naranja del ámbar o resina fósil de las coníferas.

Trinchera: Barricada, parapeto o muro de piedras, sacos de arena, etc., para proteger de los ataques enemigos.



por encima del mar revuelto; luego se retiró lentamente, volvió a entrar en la cabaña y se paró delante del *armonium*.

—¡Qué contraste! —exclamó—. ¡Fuera el huracán y yo aquí! ¿Quién es más terrible de los dos?

Deslizó los dedos sobre las teclas, obteniendo algunos sonidos muy rápidos, que tenían algo de extraño y salvaje; luego fueron disminuyendo, hasta que se perdieron entre el estruendo de los rayos y los silbidos del viento.

De pronto, volvió con vivacidad la cabeza hacia la puerta que había dejado entreabierta. Se quedó unos momentos escuchando, inclinado hacia adelante, con los oídos atentos; luego salió rápidamente, llegando hasta el borde del acantilado.

Al rápido resplandor de un relámpago divisó un pequeño barco, con las velas casi arriadas, que entraba en la bahía, confundándose en medio de los otros barcos anclados.

Arriar: Bajar una bandera o una vela que están izadas.

Nuestro hombre acercó a sus labios un silbato de oro y emitió tres notas estridentes; un silbido agudo contestó unos momentos después.

—¡Es él! —murmuró con viva emoción—. ¡Ya era hora!

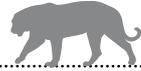
Cinco minutos después, un ser humano, envuelto en una amplia capa chorreando agua, se presentaba delante de la cabaña.

—¡Yáñez! —exclamó el hombre del turbante, echándole los brazos al cuello.

—¡Sandokán! —respondió el recién llegado, con un acento extranjero muy marcado—. ¡Brrr! ¡Qué noche de infierno, hermanito³ mío!

—¡Ven!

³ Al dirigirse a Sandokán, Yáñez emplea, según los casos, el término *fratellino* o el de *fratello*. Lo mismo sucede con Sandokán cuando se dirige a Yáñez. En la traducción, se ha respetado el uso del diminutivo *fratellini* (hermanito) siempre que aparece así en el original. (*Nota del traductor*).



Atravesaron rápidamente las trincheras y entraron en la habitación iluminada, cerrando la puerta.

Sandokán llenó dos vasos y, ofreciendo uno al extranjero, que se había desembarazado de la capa y de la carabina que llevaba en bandolera, le dijo con un acento casi afectuoso:

—Bebe, mi buen Yáñez.

—A tu salud, Sandokán.

—A la tuya.

Vaciaron los vasos y se sentaron delante de la mesita.

El recién llegado era un hombre de unos treinta y tres o treinta y cuatro años, un poco mayor que su compañero. De mediana estatura, de constitución muy fuerte, tenía la piel blanquísima, las facciones regulares, los ojos grises, astutos, los labios finos y burlones, indicio de una voluntad de hierro. Se veía a primera vista que era europeo y que debía de pertenecer a alguna raza meridional.

—Bueno, Yáñez —preguntó Sandokán con cierta emoción—: ¿has visto a la joven de los cabellos de oro?

—No, pero sé cuanto querías saber.

—¿No has ido a Labuán⁴?

—Sí, pero comprenderás que en aquellas costas, vigiladas por los cruceros ingleses, no nos resultará fácil desembarcar a gente como nosotros.

—Háblame de esa joven. ¿Quién es?

—Puedo decirte que es una criatura maravillosamente hermosa, tan hermosa que es capaz de embrujar al más formidable pirata.

—¡Ah! —exclamó Sandokán.

—Me han dicho que tiene los cabellos rubios como el oro, los ojos más azules que el mar, la piel blanca como el alabastro. Sé que Alamba, uno de

En bandolera: Con una tira que cruza el pecho y la espalda desde un hombro hasta la cadera opuesta.

Meridional: De uno de los países del sur, especialmente, del sur de Europa.

Crucero: Barco de guerra muy veloz, provisto de potente artillería, cuya misión consiste en cruzar por determinados parajes para vigilarlos.

Alabastro: Piedra blanca y translúcida, parecida al mármol.

⁴ Labuán es una isla de Malasia situada cerca de la costa noroeste de Borneo. En 1846 el sultán de Borneo cedió la isla al Reino Unido. Así pues, cuando empieza la acción de la novela los ingleses llevaban ya tres años en Labuán. (*Nota del traductor*).



nuestros más feroces piratas, la vio una tarde pasearse por los bosques de la isla, y quedó tan impresionado por aquella belleza, que detuvo su nave para contemplarla mejor, con peligro de haber sido destrozado por los cruceros ingleses.

—Pero ¿a quién pertenece?

—Algunos dicen que es hija de un colono; otros, que lo es de un lord, y otros, en fin, que es nada menos que pariente del gobernador de Labuán.

—Extraña criatura —murmuró Sandokán oprimiéndose la frente con las manos.

—¿Entonces...? —preguntó Yáñez.

El pirata no respondió. Se levantó bruscamente, presa de una viva emoción, y, llegándose hasta el *armonium*, dejó que sus dedos se deslizaran por las teclas.

Yáñez se limitó a sonreír y, descolgando de un clavo un viejo laúd, se puso a puntear sus cuerdas, diciendo:

—¡Está bien! Vamos a tocar un poco.

Pero apenas había comenzado a tocar un aire portugués, cuando vio a Sandokán acercarse bruscamente a la mesa, apoyando las manos en ella con tal violencia, que la hizo doblarse.

Ya no era el mismo hombre de antes: su frente estaba borrascosamente fruncida, sus ojos despedían sombríos destellos; sus labios, separados, mostraban los dientes apretados con convulsión, y sus miembros se estremecían. En aquel momento era el formidable jefe de los feroces piratas de Mompracem, el hombre que desde hacía diez años ensangrentaba las costas de Malasia, el hombre que en todas partes había sostenido terribles batallas, el hombre a quien su extraordinaria audacia e indomable coraje le habían valido el apodo de «Tigre de Malasia».

—¡Yáñez! —exclamó con un tono de voz que ya no tenía nada de humano—. ¿Qué hacen los ingleses en Labuán?

Lord: Título honorífico de la primera nobleza inglesa, de algunos altos cargos y de los ennoblecidos por la monarquía británica.

Gobernador: Persona que desempeña el mando en una jurisdicción militar o política.

Laúd: Instrumento similar a la guitarra, pero más pequeño, de caja ovalada y cóncava y mástil corto.

Puntear: Pulsar las cuerdas por separado, con una púa o con los dedos, de forma que los sonidos se produzcan desligados.

Aire: Canción.

Sombrío: Triste.



—Están fortificándose —contestó tranquilamente el europeo.

—¿Quizá están tramando algo contra mí?

—Eso creo.

—¡Ah! ¿Lo crees? ¡Que se atrevan a levantar un dedo contra mi Mompracem! ¡Diles que intenten desafiarse a los piratas en su escondrijo! El Tigre los destruirá hasta el último y se beberá toda su sangre. Dime, ¿qué dicen de mí?

—Que ya es hora de que se acabe con un pirata tan audaz.

—¿Me odian mucho?

—Tanto, que consentirían perder todos sus barcos con tal de ahorcarte.

—¡Ah!

—¿Lo dudas? Hermanito mío, llevas ya muchos años haciendo una mala y otra peor. En todas las costas hay huellas de tus correrías, todos los pueblos y todas las ciudades han sido atacados y saqueados, todos los fuertes holandeses, españoles e ingleses han recibido tus balas, y el fondo del mar está erizado de naves que tú has echado a pique.

Correría:
Expedición,
incurción.

—Es verdad, pero ¿quién tiene la culpa? ¿Acaso los hombres de raza blanca no han sido inexorables conmigo? ¿Acaso no me destronaron con el pretexto de que me hacía demasiado poderoso? ¿Acaso no asesinaron a mi madre, a mis hermanos y a mis hermanas para destruir mi estirpe? ¿Qué mal les había hecho yo a ellos? ¡La raza blanca no había tenido nunca nada contra mí y a pesar de ello quisieron aplastarme! Ahora los odio, sean españoles, holandeses, ingleses o tus compatriotas portugueses, los maldigo y mi venganza será terrible: ¡lo juré sobre los cadáveres de mi familia y mantendré mi juramento! Si he sido despiadado con mis enemigos, espero que alguna voz se levantará para decir que a veces también he sido generoso.

Echar a pique:
Hundir.

Inexorable:
Despiadado, cruel.

Estirpe: Serie
de ascendientes
y descendientes
de una persona.

—No una, sino cientos, miles de voces pueden decir que con los débiles has sido hasta demasiado



generoso —dijo Yáñez—. Pueden decirlo todas las mujeres que han caído en tu poder y que has llevado a los puertos de los hombres blancos, con peligro de que los cruceros te echaran a pique; pueden decirlo las débiles tribus que has defendido de los saqueos de los poderosos; los pobres marinos privados de sus barcos en la tempestad y que tú has salvado de las olas y cubierto de regalos; y otros cientos y miles que siempre recordarán tu benevolencia, Sandokán. Pero dime, hermanito mío, ¿dónde quieres ir a parar?

El Tigre de Malasia no contestó. Se puso a pasear por la habitación con los brazos cruzados y con la cabeza inclinada sobre el pecho. ¿En qué pensaba aquel hombre formidable? El portugués Yáñez, aunque hacía mucho tiempo que lo conocía, no podía adivinarlo.

—Sandokán —dijo al cabo de algunos minutos—. ¿En qué piensas?

El Tigre se detuvo mirándolo fijamente, pero no respondió.

—¿Te atormenta algún pensamiento? —prosiguió Yáñez—. ¡Bah! Diríase que te afliges porque te odian tanto los ingleses.

Pero también entonces permaneció el pirata silencioso.

El portugués se levantó, encendió un cigarrillo y se acercó a una puerta oculta por el cortinaje, diciendo:

—Buenas noches, hermanito mío.

Sandokán, al oír aquellas palabras, se sobresaltó y, deteniendo a su amigo con un ademán, dijo:

—Una palabra, Yáñez.

—Habla, entonces.

—¿Sabes que quiero ir a Labuán?

—¡Tú...! ¡A Labuán...!

—¿Por qué tanta sorpresa?

—Porque eres demasiado audaz y cometerás alguna locura en el escondrijo de tus más encarnizados enemigos.

Audaz: Persona que es capaz de emprender acciones poco comunes sin temer las dificultades o el riesgo que implican

Encarnizado: ferviente, sangriento.



Sandokán lo miró con dos ojos que despedían llamas y emitió una especie de sordo rugido.

—Hermano mío —prosiguió el portugués—, no tienes demasiado a la suerte. ¡Estáte en guardia! La hambrienta Inglaterra ha puesto sus ojos sobre nuestra Mompracem y quizá no espere tu muerte para lanzarse sobre tus cachorros y destruirlos. Estáte en guardia, porque he visto un crucero erizado de cañones y repleto de armas rondando por nuestras aguas, y ese es un león que solo está esperando su presa.

—¡Pero encontrará al Tigre! —exclamó Sandokán apretando los puños y temblando de pies a cabeza.

—Sí, lo encontrará y quizá sucumba en la batalla, pero su grito de muerte llegará hasta las costas de Labuán y otros se moverán contra mí. Morirán muchos leones, puesto que tú eres fuerte y terrible, ¡pero morirá también el Tigre!

—¡Yo...!

Sandokán, como un relámpago, dio un salto hacia adelante con los brazos contraídos por el furor, los ojos centelleantes y las manos apretadas como si empuñaran las armas. Luego se sentó a la mesa, apuró de un solo trago una copa que había quedado llena y dijo con voz perfectamente tranquila:

—Tienes razón, Yáñez; a pesar de todo, mañana iré a Labuán. Una fuerza irresistible me empuja hacia esas playas, y una voz me susurra que debo ver a la joven de los cabellos de oro, que debo...

—¡Sandokán...!

—Silencio, hermanito mío, vámonos a dormir.

Sordo: Que suena de forma apagada y sin sonoridad.